

pués me desengañaron, que pensé bien y entendí mal; porque la gracia desta bula solo la concedió el uso á los hermanos mayores de la cofradía de ricos y poderosos, á los privados, á los hinchados, á los arrogantes, á los aduladores, á los que tienen lágrimas de cocodrilo, á los alacranes que no muerden con la boca y hieren con la cola, á los lisonjeros que con dulces palabras acarician el cuerpo, y con amargas obras destruyen el alma. Estos tales eran á quien todo les estaba bien, y en los como yo era maldad y bellaquería; engáneme con mi engaño, me desenvolví de manera que desde muy lejos me conocieran la enfermedad, aunque todo era niñería de poca estimación; suelen decir que el postrero que sabe las desgracias es el marido.

De todas estas travesuras por maravilla llegaban de mil una en los oídos de mi amo; ya porque los agradaba, no querían ponerme mal y me echara de casa, ó ya porque aunque me lo reñían, viendo que todo el mundo era uno, de nada se admiraban; mas por algunos descuidos míos y cosas que se traslucían algo, andaba ya escaldado mi amo: andábase á las espuelas para cogirme. Aconteció que lo llamaron para un banquete de príncipe extranjero nuevamente venido á la corte; mandóme ir con él para trasponer el cebollino, resultados de la cocina, según el uso y costumbre. Luego que fuimos á la posada se nos hizo el entrego; mi amo comenzó á destrozarse, dividir y romper con grandísima destreza, poniendo géneros aparte, y de cada cosa lo que le pertenecía, conforme á su arancel; porque con otros cuidados no hubiese algún descuido y se mezclasen las acciones, siendo justo dar *lo de César á César*, y posesionarse cada cual en su hacienda. Después, al cerrar de la noche, habíame mandado traer costales; comenzólos á estivar de maestro, y poniéndomelos al hombro, á tiempo y de manera que no pudiera ser visto, me hizo dar cuatro caminos, que ninguno me vagaba el resuello según iba de cargado. Cada uno y todos parecían el arca de Noé, y no sé si en ella hubo de tantos individuos, ó Dios después los crió. Ya que tuve acabada mi faena, mandóme aderezar la lumbre, calentar agua, pelar y perdigar, en que ocupé gran parte de la noche. Al bueno de mi amo no se le cocía el pan, andaba con sobresalto, sin sosiego, cuidadoso que su mujer estaba sola, y no podría poner en orden tanta hacienda, ó que no sucediese algún torbellino; y con este alboroto me dijo: Guzmanillo, vete á casa, pon cobro en lo que llevaste, abre los ojos y mira por todo; di á tu señora que acá me quedo; ten cuenta con la casa, y en amaneciendo ven aquí volando. Hicelo así: doy á mi ama el recaudo, pido garabatos y sogas, púselas por unos corredores colgando al patio, allí ensarté los trofeos de la victoria. Era gloria de ver la varia plumajería del capon, de la perdiz, de la tortola, de la gallina, del pavo, zorzales, pichones, codornices, pollos, palomas y gansos, que sacando por entre todo las cabezas de los conejos, parecían salir de entre los viveros. Colgué á otra parte pernils de tocino, piezas de ternera, venado, jabalí, carnero, lenguas, lechones y cabritos; entapizóse nuestro patio á la redonda en muy buenos clavos que puse, de manera que (mi fe te prometo), según lo que allí campeaba, me pareció haber traído de cinco partes las dos, y faltaban por venir los siete infantes de Lara, que no estaba con esto acabado; ello quedó muy bien acomodado, y yo muy de veras cansado, que lo trabajé muy bien, aunque se me lució muy mal, pagándomelo peor.

Mi ama vivía en un aposento bajo; dejóme como el escarabajo, el peso á las cuestras, y fuése á dormir; debió de cenar salado, que cargó delantero, conforme á su costumbre antigua. Yo (acabada la tarea) hice lo mismo; subíme á la cama; hacía tanto calor que, por buen rato, me entretuve rascando y dando vuelcos, hasta que con algunas malas ganas me dejé ir á media rienda por el sueño ade-

lante; anduve galopeando con él y con la manta, que sábanas no se usan dar, ni mas que un jergón viejo á los mozos de mi tamaño en aquella tierra, cuidadoso de madrugarse, como mi amo me lo había mandado. Veis aquí, Dios enhorabuena (serían como las tres de la madrugada, entre dos luces), oigo andar abajo en el patio una escaramuza de gatos que hacían banquete con un pedazo de abadejo seco, traído acaso por los tejados de casa de algún vecino; y como de suyo son de mala condición, que no sabreis cuándo están contentos como los viejos, ni quieren aun comer callando, que de todo gruñen, ó bien sea que quieran decir que sabe bien, ó que no está bueno de sal, con el ruido de su pendencia me despertaron: púsemme á escuchar, y dije: «sería el diablo, si la pesadumbre desta buena gente fuese sobre la capa del justo, y estuviesen á estas horas riñendo por la partija de mis bienes, de modo que pagasen mis huesos la carne que comiese, metiéndome con mi amo en deuda y en pendencia.» Yo estaba en la cama como nací del vientre de mi madre; no creí que alguien me viese: salto en un pensamiento, como si á mi linaje todo llevarán moros, y aquella diligencia valiera su rescate: doy á correr y trompicar por las escaleras abajo por llegar á tiempo, y no fuese como en algunos socorros importantes acontece.

Mi ama, como se acostó primero, llevóme muchas ventajitas, y mas el estar holgada, corría sobre cuatro dormidas, como gusanos de seda, y frezaba para levantarse, oyó el mismo rebato; debiósele de antojarse que yo soñaría, y en buena razón así debiera ello ser: parecióle que no lo oyera. Ella, aunque se acostaba vestida, siempre andaba en cueros, y esta vez lo estaba, sin tener sobre los heredados de Eva camisa ni otra cobija; y así desnuda, sin acordar de cubrirse, salió corriendo, desvalida, con un candil en la mano á reparar su hacienda. Su pensamiento y el mío fueron uno, el alboroto igual, y la diligencia en causa propia, el ruido de ambos poco por venir descaltos. Véisnos aquí en el patio juntos, ella espantada en verme, y yo asombrado de verla. Ella sospechó que yo era duende, soltó el candil, y dió un gran grito: yo, atemorizado de la figura y con el encandilado, di otro mayor, creyendo sería el alma del despensero de casa, que había fallecido dos días antes, y venía por ajustarse de cuentas con mi amo. Ella daba voces que la oyeran en todo el barrio; yo con las mias fué poco no me oyese toda la villa; fuése huyendo á su aposento, yo quise hacer lo mismo al mío, dieron los gatos á huir, tropecé con un mansejon de casa en el primero escalon, asíoseme á las piernas con las uñas, pensé que ya me llevaba el que á retro vaya, pareció que me arrancaba el alma, doy de hocicos en la escalera, desgarréme las espinillas y deshícame las narices. No podía ninguno de los dos entender ó sospechar al cierto lo que el otro fuese, como todo sucedió presto y acudimos al sonido de una misma campana; hasta que yo, caído en el suelo, y escondida ella dentro de su pieza, nos conocimos por las quejas y llantos. Con esta alteración (si el fresco de la mañana no lo hizo) á la señora mi ama le faltó la virtud retentiva, y alojándosele los cerraderos del vientre, antes de entrar en su cámara, me la dejó en portales y patio, todo lleno de huesezuelos de guindas, que debía de comérselas enteras. Tuve que trabajar por un buen rato en barrerlo y lavarlo, por estar á mi cargo la limpieza. Allí supe que las inmundicias de tales acaecimientos huelen mas y peor que las naturalmente ordinarias: quede á cargo del filósofo inquirir y dar la causa dello, baste que á costa de mi trabajo, en detrimento de mi olfato, le testificó la experiencia.

Quedó mi ama del caso corrida, y yo mas; que aunque varón era muchacho, y en casos tales no me había desentuelto; tenía tanto empacho como una doncella, y cuando fuera muy hombre, me avergonzara de su vergüenza. Pesóme muy de veras haberla visto; no quisiera

tal acaecimiento por la vida; mas nunca la pude persuadir dejarse de creer malicia en mí, ni bastaron juramentos para ponerla en razón ni encaminarla á mi inocencia. Desde aquel momento me perdió toda buena voluntad; y supe después por medio de una vecina nuestra, á quien ella contó el caso, que sola su pena era no haberse hallado desnuda, sino haberse desahogado, que por lo demás no se le diera un pito, que eso quieren las que algo están de sí confiadas. Cuando vi que nada bastaba, luego vi mala señal, y que me había de levantar algún falso testimonio para echarme de casa, poniéndome mal con su marido, como si (pobre de mí) hubiera sido la culpa; nunca mas le conocí el rostro á derechas ni á través palabra conmigo. Venido el día claro, volví á mi tahona como me fué mandado; fui á tener con mi amo, no desplegué mi boca de lo pasado. Preguntóme si dejaba recaudo en lo de casa; díjele que sí; ocupóme en algunas cosas, y puedo certificar que mi amo y sus compañeros, yo y los míos, ayudantes y trabajadores, teníamos mas que hacer en poner cobro á lo hurtado, que sazón á los manjares. ¡Cuál andaba todo! qué sin orden, cuenta ni concierto! qué sin duelo se pedía! qué sin dolor se daba! con qué gloria se recibía! qué poco se gastaba! cuánto se rehundía! Pedían azúcar para tortas, y para tortas azúcar, dos y tres veces para cada cosa. Estos banquetes tales llamábamos nosotros jubileos, porque iba el río vuelto y sobre agüados los peces. Con esto creí, que pues era (como dicen) el pan de mi compadre y el duelo ajeno, que no tenía yo menos colmillos para ganar esta indulgencia, que también estaba mi alma en mi cuerpo, sin faltarme tilde ni hebilleta de hombre, y si quiera de las migajas caídas debajo de la mesa, aun sin querer igualarme á mis iguales, fuera licito valerme algo de la franqueza gozando del barato.

Yo estaba cansado de pelar aves, limpiar almendras y piñones, calentar aguas y otras cosas; andaba con una camisilla vieja y un juboncillo; de lo que cupo al cuartel de mi amo, había una canasta de huevos; lleguéme por par, y echéme entre camisa y carnes unos pocos, y otros en las faltriqueras de los calzones. Ved, ya que metí la mano, en lo que vine á empacharme; mas diciendo verdad, no lo hice tanto por el interés, que fué una desventura, cuanto por decir si quiera que le di un beso á la novia, y no se dijera que sali virgen, ó que yendo á la corte no vi al rey. El traidor de mi amo sintiólo, y para santificarse con mi culpa, asegurando su fidelidad con mi hurto, estando el veedor presente y otros criados graves de casa, cuando quise salir á poner en cobro la pobreza, porque no se me viera, llegóse á mí como un león, y asíndome por los cabezones, me trujo á la melena, hollado entre los pies: bien podrás pensar cuál se puso la mercadería de bien acondicionada, pues me los deshizo todos á puntillones, corriendo las claras y yemas por las piernas abajo. Sin duda (dije entre mí) algún planeta gallinero me persigue. Quisiera decirle con la cólera: ¿pues cómo, ladrón, tienes la casa entapizada con lo que hurtaste y yo lo llevé, y haces alharacas por seis tristes huevos que me hallaste? No ves que te ofendes con lo que me ofendes? Parecióme mas acertado el callar; que el mejor remedio en las injurias es despreciarlas. Mucho la sentí por hacérmela mi amo; que si fuera de un extraño no la estimara en tanto, mas hube de sufrir; no hice mas mudamiento ni di otra respuesta que alzar los ojos al cielo con algunas lágrimas que á ellos vinieron.

La behetría del banquete se pasó, y nos fuimos á casa. Díjome mi amo por el camino: «qué te digo, Guzmanillo, advierte, que lo que yo te di me importó mas de lo que piensas; ya sé que no tuve razón: mañana te compraré unos zapatos por ello, y valdrán mas que los huevos.» Alegréme con la manda, porque los que traía estaban

rotos y viejos: mi ama le debió de contar algunos males de mí, que desde que entramos en casa siempre mi amo me hizo un gesto de probar vinagre, sin que la ocasión llegase de comprar zapatos, que sin ellos me quedé. Como lo vio torcido, procuraba de quitarle los tropezones de delante, sirviéndole con mas cuidado que nunca, sin hacerle falta ni á cosa de la cocina en un cabello.

Un día de fiesta, como era de costumbre, se hicieron unas empanadas y pasteles, de que sobró un poco de masa, y otro día lunes habían de correrse toros en la plaza; estaba en la basura una canilla de vaca casi entera; yo tenía necesidad para holgarme de unas blanquillas, y en un pensamiento empané mi zancarrón, que como lo puse no diferenciaba por de fuera de un hermoso conejo; fuime con él á mi puesto, con ánimo de dar alguna gata; mas como estaba de prisa no pude aguardar mercante; llegó á comprármela un cano y honrado escudero; híceme buena comodidad, concertéla en tres reales y medio, vi el cielo abierto por volverme presto; mas cuanto mi priesa era mucha, su flema era grande. Púsose debajo del brazo un repertorio pequeñuelo que llevaba en la mano, colgó del cinto los guantes y lienzo de narices, luego sacó una caja de anteojos, y en limpiarlos y ponerse los tardó largos dos horas; fué destilando del bolsigo de un garniel cuarto á cuarto, y poniéndomelos en la mano, cada medio cuarto le parecía cuartillo y le daba seis vueltas, mirándolo acia el sol. Apenas me vi con mi dinero, cuando mi amo estaba conmigo, que con la falta que hice salió á buscarme; asíome del brazo, diciendo: «¿qué prendas rematais, mancebo?» El escudero estaba presente á todo esto, que no se lo quiso llevar la maldición para descubrir mi secreto; halléme atajado, que no supe ni pude darle autor, y por no tenerlo quedó como libro prohibido ó mercaderías vedadas, castigándome por ello, pues me pescó las monedas, diciendo: soldad, bellaco, ¿sois vos el que me alahaban? ¿La mosca muerta, el que hacia del fiel, de quien yo fiaba mi hacienda? ¿Esto tenía en mi casa? ¿A vos daba mi pan y regalaba? No mas de un picaro. No me entreis mas en casa ni paseis por mi puerta; quien se abate á poco no perdonará lo mucho, si ocasión se le ofrece; y dándome un pescozon y un puntillon á un tiempo, y en presencia de mi mercante (que nunca mi mala suerte lo despegó de allí con su flema), casi me hiciera dar en tierra. Quedé tan corrido, que no supe responderle, aunque pudiera, y tuve harto paño; mas no siéndome licito por haber sido mi amo, bajé la cabeza, y sin decir palabra me fui avergonzado: que es mas gloria huir de los agravios callando, que vencerlos respondiendo.

#### CAPITULO VII.

Cómo despedido Guzmán de Alfarache de su amo volvió á ser picaro, y de un hurto que hizo á un especiero.

En cualquier acaecimiento *mas vale saber que haber*; porque si la fortuna se rebelare, nunca la ciencia desampara al hombre; la hacienda se gasta, la ciencia crece, y es de mayor estimación lo poco que el sabio sabe, que lo mucho que el rico tiene.

¶ No hay quien dude los escesos que á la fortuna hace la ciencia, no obstante que ambas agujan á un fin de adornar y levantar á los hombres. Pintaron varios filósofos á la fortuna en varios modos, por ser en todo tan varia: cada uno la dibujó según la balló para sí, ó la consideró en el otro. Si es buena, es madrastra de toda virtud; si mala, madre de todo vicio, y al que mas favorece para mayor trabajo le guarda. Es de vidrio, instable, sin sosiego, como figura esférica en cuerpo plano; lo que hoy da quita mañana; es la resaca de la mar; tráenos rodando y volteando hasta dejarnos una vez en seco en los márgenes de la muerte, de donde jamás vuelve á cobrarnos, y en cuanto vivimos, obligándonos como á representantes á

estudiar papeles y cosas nuevas que salir á representar en el tablado del mundo. Cualquier vario acaecimiento la descompone y roba, y lo que deja perdido y desfucido, remedia la ciencia fácilmente. Ella es requisísima mina descubierta, de donde los que quieren pueden sacar grandes tesoros, como agua de un caudaloso río, sin que se agote ni acabe; ella honra la buena fortuna y ayuda en la mala; es plata en el pobre, oro en el rico, y en el príncipe piedra preciosa: en los pasos peligrosos, en los casos graves de fortuna el sabio se tiene y pasa, y el simple en lo llano tropieza y cae. No hay trabajo tan grande en la tierra, tormenta en la mar, ni temporal en el aire, que contraste á la ciencia, y así debe desear todo hombre vivir para saber, y saber para bien vivir; son sus bienes perpetuos, estables, fijos y seguros. Preguntárame: ¿dónde va Guzmán tan cargado de ciencia? qué piensa hacer con ella? para qué fin la loa con tan largas arengas y engrandece con tales veras? qué nos quiere decir? adónde ha de parar? Por mi fe, hermano mio, á dar con ella en un esporton. que fué la ciencia que estudié para ganar de comer, que es una buena parte della; pues *quien ha oficio, ha beneficio*, y el que otro no sabia para pasar la vida, tanto lo estimar para mí en aquel tiempo, como en el suyo Demóstenes la elocuencia, y sus astucias Ulises. ¶

Mi natural era bueno, nací de nobles y honrados padres, no lo puedo cubrir ni perder, forzoso les había de parecer, sufriendo con paciencia las injurias, que en ellas se prueban los ánimos fuertes; y como los malos con los bienes empeoran, los buenos con los males se hacen mejores sabiendo aprovecharse dellos. ¿Quién dijera que tan buen servicio sacara tan mal galardón, por tan inopinada y liviana ocasion? Salvo si no me dices que anda tal el mundo, que el mismo caso que uno es bueno, diestro en su oficio, y en él hace como debe, por eso mismo lo descompone y arrinconca, para que todo se yerre: ó que á los que Dios tiene predestinados, tras el pecado les envía la penitencia. ¡Ojalá fuera yo tan dichoso, y me lo castigara á cuerpo presente! Mi amo ya conmigo maleaba, que su mujer lo indignó contra mí; cualquier cerrar de ojos bastara, y aprovechara poco, aunque me desvelara mucho en quitarles las ocasiones. Ya estoy en la calle arrojado y perseguido, sobre despedido. ¿Qué haré? ¿Dónde iré, ó qué será de mí? Pues á voz de ladrón sali de donde estaba, ¿quién me recibirá de buena ni de mala gana? Acórdeme en aquella sazón de mis trabajos pasados, como hallaron puerto en una espuerta. *Buñolero solía ser, volvime á mi menester*; no me pesó de haberlos tenido, pues así me socorri dellos, y es bien á veces tomarlos de voluntad, para que no cansen tanto los forzosos en la necesidad; y pues nunca pueden faltar, justo es enseñarse á tenerlos para mejor saber sufrirlos cuando vengan; demás que humilla á los hombres á cosas en que después hallan fruto. No hay trabajo tan amargo, que (si quieres) no saques dél un fin dulce, ni descanso tan dulce con que puedas dejar de temer un fin amargo, salvo en el de la virtud. Si como estaba tan á mi gusto acomodado, antes no hubiera padecido trabajos, nunca en la bonanza de mi sollastría supiera navegar en saliendo de la cocina, como piloto de agua dulce, ni hallara tan á la mano de qué me socorrer: ¿qué fuera entonces de mí? ¿No consideras qué turbado, qué afligido estaría, y qué triste, quitado el oficio, sin saber de qué valarme ni rincón adonde abrigarme? Con cuanto gané, jugué y hurté, ni compré juro, censo, casa, ni capa ó cosa con que me cubijar: habiase todo ido entrada por la salida, comido por servido, jugado por ganado, y frutos por pensión. *Del mal el menos*: con todas estas desdichas mi caudal estaba en pié, la vergüenza perdida, que al pobre no le es de provecho tenerla, y cuanto menos poseyere, le dolerán menos los yerros que hiciera. Ya me sabia la tierra, y habia dineros para esporton: mas antes de resolverme á vol-

verlo al hombro visitaba las noches, y á mediodía los amigos y conocidos de mi amo, si alguno por ventura quisiera recibirme, porque ya sabia un poquillo, y holgará saber algo mas, para con ello ganar de comer; algunos me ayudaban, entreteniéndome con un pedazo de pan: debieron de oír tales cosas de mí, que á poco tiempo me despedían sin querer acogerme: donde la fuerza oprime, la ley se quiebra.

Con estas diligencias cumplía á lo que estaba obligado, para no poder acusarme á mí mismo que volvía á lo pasado, huyendo del trabajo; y te prometo que lo amaba entonces, porque tenia de los vicios esperiencia, y sabia cuánto es uno mas hombre que los otros cuanto era mas trabajador, y por el contrario con el ocio. Mas no pude y otra cosa: no sé qué puede ser, que deseando ser buenos nunca lo somos; y aunque por horas lo proponemos, en años nunca lo cumplimos, ni en toda la vida salimos con ello; y es porque no queremos ni nos acordamos de mas de lo presente. Comencé á llevar mis cargos, comia lo que me era necesario, que nunca fué mi Dios mi vientre, y el hombre no ha de comer mas de para vivir lo que basta, y escediendo es brutalidad; que la bestia se harta para engordar. Desta manera, comiendo con regla, ni entorpecía el ánimo ni enflaquecía el cuerpo, no criaba malos humores, tenia salud y sobrabanme dineros para el juego. En el beber fui templado, no haciéndolo sin mucha necesidad ni demasiado, procurando ajustarme con lo necesario, así por ser natural mio, como parecerme malo la embriaguez en mis compañeros, que privándose del sentido y razon de hombres, andaban enfermos, roncos, enfadosos de aliento y trato, y los ojos encarnizados, dando traspis y reverencias, haciendo danzas con los cascabeles en la cabeza, echando contrapagos atrás y adelante, y, sobre toda humana desventura, hecho fiesta de muchachos, risa del pueblo y escarnio de todos. Que los picaros lo sean, andar: son picaros, y no me maravillo; pues cualquiera bajaza les entalla y se hizo á su medida, como á escoria de los hombres; pero que los que se estiman en algo, los nobles, los poderosos, los que debían ser abstinentes lo hagan; que el religioso se descomponga el grueso de un pelo en ello, no solamente digo descomponga, pero aun llegar á la raya de poderse notar en semejante vituperio, digan ellos mismos lo que sienten cuando sienten, sino es que para llevar el absurdo adelante, se disculpan con locuras, y trayendo consecuencias, que cometido un yerro dan en docientos; mas para sí todos entienden la verdad. Afrentosa cosa es tratar dello, infamia usarlo, bellaquería paliarlo, cosa indigna de hombres no abominarlo.

Teniamos en la plaza, junto á Santa Cruz, nuestra casa propia, comprada y reparada de dinero ajeno; allí eran las juntas y fiestas; levantábame con el sol, acudia con diligencia por aquellas tenderas y panaderos, entraba en la carnicería, hacia mi agosto las mañanas para todo el día. Dábanme los parroquianos que no tenían mozo que les llevase la comida; haciálo fiel y diligentemente, sin faltarles un cabello; acredítame mucho en el oficio, de manera, que á mis compañeros faltaba, y á mí me sobraba para un teniente que siempre me allegaba. Entonces éramos pocos y andábamos de vagar; ahora son muchos, y todos tienen en qué ocuparse, y no hay estado mas dilatado que el de los picaros, porque todos dan en serio y se precian dello. A esto llega la desventura: hacer de las infamias bazarria, y honra de las bajaizas, y de las veras burla.

Sucedió que se dieron condutas á ciertos capitanes, y luego que acontece lo tal, se publica en el pueblo, y en cada corrillo y casa se hace consejo de Estado. La de los picaros no se duerme; que también gobierna como todos, haciendo discursos, dando trazas y pareceres; no entiendas que por ser bajos en calidad han de alejarse mas los

suyos de la verdad, ó ser menos ciertos; engañaste de veras, que es antes al contrario; y acontece saber ellos lo esencial de las cosas, y hay razón para ello; porque en cuanto al entendimiento, algunas y muchas hay que si lo acomodasen lo tienen bueno; pues como andan todo el día de una en otra parte por diversas calles y casas, y sean tantos y anden tan divididos, oyen á muchos muchas cosas: y aunque suelen decir que *cuantas cabezas, tantas pareceres*, y si uno ó un ciento disparan, diciendo locuras donosas, otros discurren con prudencia; y nosotros pues (recogido todo lo de todos), en cuanto se cenaba, referiamos lo que en la corte pasaba, demás que no habia bodegon ó taberna donde no se hubiera tratado dello y lo oyéramos, que allí también son las aulas y generales de los discursos, donde se ventilan cuestiones y dudas, donde se limita el poder del turco, reforman los consejos y culpan á los ministros; últimamente, allí se sabe todo, se trata en todo, y son legisladores de todo, porque hablan todos por boca de Baco, teniendo á Ceres por ascendiente, conversando de vientre lleno, y si el mosto es bueno hierva la tinaja. Con lo que allí aprendíamos, venia después á tratar nuestra junta de lo que nos parecia. Esta vez acertamos en decir que aquestas compañías marcharian la vuelta de Italia; fuése averando el caso, porque arbolaron las banderas por la Mancha adentro, subiéndose desde Almodóvar y Argamasilla por las márgenes del reino de Toledo hasta subir á Alcalá de Henares y Guadalajara, yéndose siempre acercando al mar Mediterráneo. Parecióme muy buena ocasion para la ejecución de mis deseos, que con crueles ansias me espoleaban á hacer este viaje, por conocer mi sangre, y saber quiénes y de qué calidad eran mis deudos; mas estaba tan roto y despedazado, que el freno de la razon me hacia parar á la raya, pareciéndome imposible efectuarse; pero nunca me desvelaba en otra cosa.

En esta iba y venia, sin poder apartarla de mí; de día cavilaba en ello, y de noche lo soñaba; y si tiene lugar el proverbio del romano, *si quieres ser papa, estúmpalo en la testa*, en mí se verificó que andando en este cuidado solícito, dándole mil trasigos, me senté á un lado de la plaza junto á una tendera, donde solia ser mi puesto y de mi teniente; y estando con la mano en la mejilla, determinando de pasar aunque fuera por mochilero si mas no pudiera, y aun segun estaba me sobraba, oí decir: «¿Guzmán, Guzmanillo?» Volví el rostro á la voz, y sentí que un especiero debajo de los portales de junto á la carnicería me llamaba: hizome señas con la mano que fuése allá; levantéme por ver qué me queria, dije: abre ese esporton. Echóme dentro cantidad de dos mil y quinientos reales en plata y en oro y en cuartos pocos. Preguntéle: «¿á qué calderero llevamos este cobre? Dijome: ¿cobre le parece al picaro? Alto, aguije, que lo voy á pagar á un mercader forastero que me vendió algunas cosas para la tienda.» Esto me decía, mas yo en otro pensaba, que era cómo darle cantonada; porque no la alegre nueva del parto deseado llegó al oído del amoroso padre, ni derrotado marinero con tormentas descubrió de improviso el puerto que buscaba, ni el rendido muro al famoso capitán que le combate le dió tal alegría, ni tuvo tan suave acento, cual en mi alma sentí, oyendo aquella dulce y sonora voz de mi especiero: *abre esa capacha*. ¡Gran palabra! Letras que de oro se me estamparon en el corazón, dejándolo colmado de alegría, y mas cuando las calificaron, poniéndome actualmente en quieta y pacífica posesion de lo que creí habia de ser mi remedio. Desde aquel venturoso punto comencé á dispensar de la moneda, trazando mi vida; cargué con ella, fingiendo pesar mucho, y me pesaba mucho mas de que no era mas.

Mi hombre comenzó de andar por delante, y yo á seguirle con increíble deseo de hallar algun aprieto ó con curso de gente en alguna calle, ó llegar en alguna casa donde hacer mi hecho; deparóme la fortuna á la medida

del deseo una comó así me la quieró; pues entrando por la puerta principal, sali tres calles de allí por un posigo, y dando bordos de esquina en esquina, al paso largo y no descompuesto, para no dar nota, las fui trasponiendo con lindo aire hasta la puerta la Vega, donde me dejé ir descolgando acia el río, atravesé á la Casa del Campo, y ayudado de la noche caminé por entre la maleza de los álamos, chopos y zarzas una legua de allí. En una espesura hice alto, para con maduro consejo pensar en lo porvenir cómo fuese de fruto lo pasado; que no basta comenzar bien ni sirve mediar bien, si no se acaba bien; de poco sirven buenos principios y mejores medios, no saliendo prósperos los fines. ¿De qué provecho hubiera sido el hurto, si me hallaran con él, sino perderlo y á vueltas dél quizá las orejas, y haber comprado un cabo de año si tuviera edad? Allí entré en acuerdo de lo que fuera bien hacer; busqué donde el agua tenia mas fondo en la mayor espesura, y en ella hice un hoyo, y en las telas de mis calzones y sayo envuelta la moneda la metí, cubriéndola muy bien de arena y piedras por defuera; puse una señal, no porque me descuidase que allí residí á la vista por casi quince dias; pero para no turbarme después buscándola dos pies mas adelante ó atrás, que fuera morirme, si cuando metiera la mano dejara de sentarla encima, en especial que algunas noches me alargaba de allí á los lugares de la comarca por viandas para tres ó cuatro dias, volviendo luego á mi albergue, ensotándome en saliendo el sol por aquel bosque del Pardo. De esta manera me entretuve en tanto que desmentí las espías y cuadrilleros, que sin duda debieron de ir detrás de mí. Así se perdió el rastro, y pareciéndome que todo estaria seguro, para poder mudar el rancho y marchar, hice un pequeñuelo ho de los forros viejos que del sayuelo me quedaron, donde metí envuelta la sangre de mi corazón; quedóme solo el viejo lienzo de los calzones, un juboncillo desharapado y una rota camisa, pero todo limpio, que lo habia por momentos lavado.

Quedé puesto en blanco, muy acomodado para la danza de espadas de los hortolanos. Anduve á escoger un par de garrotillos lisos; del uno colgué á las espaldas el precioso fardo, el otro llevé por bordon en la mano; ya cansado y harto de estar hecho conejo en aquel vivero, temeroso que una guarda ó cualquier que allí me viera residir de asiento no tomase de mí mala sospecha, comencé á caminar de noche á oscuras por lugares apartados del camino real, tomando atravesias, trochas y sendas por medio de la Sagra de Toledo, hasta llegar dos leguas dél á un soto que llaman Azuqueica, que amaneci en él una mañana. Metíme á la sombra de unos membrillos para pasar el día; balléme sin pensar junto á mí un mocito de mi talla: debia de ser hijo de algun ciudadano, que con tan mala consideracion como la mía, se iba de con sus padres á ver mundo. Llevaba liado su batillo; y como era caballero novel, acostumbrado á regalo, la leche en los labios, cansábase con el peso, que aun á si mesmo se le hacia pesado llevarse. No debia tener mucha gana de volver á los suyos, ni de ser hallado dellos; caminaba como yo, de día por los jarales, de noche por los caminos buscando madrigueras. Digolo, porque desde que allí llegamos hasta el anochecer que nos apartamos, no salió de donde yo. Cuando se quiso partir, tomando á peso el fardo, lo dejó caer en el suelo diciendo: «maldigite Dios, y si no estoy por dejarte.» Ya nos habíamos de antes hablado y tratado, pidiéndonos cuenta de nuestros viajes, de dónde y quién eramos. El me lo negó, yo no se lo confesé: que por mis mentiras conocí que me las decía; con esto nos pagamos; lo que mas pude sacarle, fué descubrirme su necesidad. Viendo pues la buena coyuntura y disgusto que con el cargo llevaba, y mayor con el poco peso de la bolsa, parecióme seria ropa de vestir. Preguntéle, qué era lo que allí llevaba que tanto le cansaba. Dijome: «unos vestidos.»

Tuve buena entrada para mis deseos, y dijele: «gentilhombre, daríais yo razonable consejo, si lo quisiéredes tomar.» El me rogó se lo diese, que siendo tal, me lo agradecería mucho. Volvíle á decir: «pues vais cargado de lo que no os importa, deshacedos dello, y acudid á lo mas necesario; ahí lleváis esa ropa ó lo que es, vendéla, que menos peso y mas provecho podrá haceros el dinero que sacáredes della.» El mozo replicó discretamente (que son de buen ingenio los toledanos): «ese parecer bueno es, y lo tomara; mas téngolo por impertinente en este tiempo, y consejo sin remedio es cuerpo sin alma. ¿Qué me importa quererlo vender, si falta quien me lo pueda comprar? A mi se me ofrece causa para no entrar en poblado para hacer trueco ni venta, ni alguno que no me conozca querrá comprarlo.» Luego le pregunté qué piezas eran las que llevaba. Respondióme: «unos vestidillos para remudar con este que tengo puesto.» Preguntéle la color, y si estaba muy traído. Respondió, que era de mezcla y razonable. No me descontentó, que luego le ofreci pagárselo de contado si me viniese bien. El mozo se puso pensativo á mirarme, que en todo cuanto llevaba no pudieran atar una blanca de canela, ni valia un comino, y trataba de ponerle su ropa en precio. Esta imaginación fué mía, que le debió de pasar al otro, y que debía de ser algun ladroncillo que lo quería burlar; porque estuvo suspenso, regateando si lo enseñaría ó no, que de mi talle no se podía esperar ni sospechar cosa buena. Esta diferencia tiene el bien al mal vestido, la buena ó mala presunción de su persona, y cual te hallo tal te juzgo: que donde falta conocimiento, el hábito califica, pero engaña de ordinario; que debajo de mala capa suele haber buen vividor.

En el punto entendí su pensamiento como si estuviera en él, y para reducirlo á buen concepto, le dije: «sabed, señor mancebo, que soy tan bueno, y hijo de tan buenos padres como vos; hasta agora no he querido daros cuenta de mi, mas porque perdais el recelo, pienso dáros la. Mi tierra es Burgos; della salí como salís, razonablemente tratado, hice lo que os aconsejo que hagais; vendí mis vestidos donde no los hube menester, y con la moneda que dellos hice y saqué de mi casa, los quiero comprar donde dellos tengo necesidad; y trayendo el dinero guardado y este vestido desarropado, aseguro la vida y paso libremente; que al hombre pobre ninguno le acomete, vive seguro y lo está en despoblado, sin temor de ladrones que le dañen, ni de saltadores que le asalten; si os place, vendéme lo que no habeis menester; y no os parezca que no lo podré pagar, que sí puedo. Cerca estoy de Toledo, adonde es mi viaje; holgaria entrar algo bien tratado, y no con tan vil hábito como llevo.» El mozo deshizo su lio, sacó dél un herreruelo, calzones, ropilla, dos camisas y unas medias de seda, como si todo se hubiera hecho para mí; concertéme con él en cien reales, no valia mas, que aunque estaba bien tratado, el paño no era fino; descosí por un lado mi envolvero, y dél saqué los cuartos que bastaron, que no le dió poca mohina cuando reconoció la mala moneda, porque iba huyendo de carga y no podía escusarla; mas consolóse que era menor que la pasada, y mas provechosa para cualquier acontecimiento. De allí nos despedimos, él se fué con la buena ventura, y yo (aunque tarde) aquella noche me entré en Toledo.

#### CAPÍTULO VIII.

Cómo Guzmán de Alfarache, vistiéndose muy galán en Toledo, trató amores con unas damas. Cuenta lo que pasó con ellas, y las burlas que le hicieron, y después en Malagon.

Suelen decir vulgarmente, que aunque *vistan á la mona de seda*, *mona se queda*: esta es en tanto grado verdad infalible, que no padece escepcion. Bien podrá uno vestirse un buen hábito, pero no por él mudar el malo que tiene; podria entretener y engañar con el vestido, mas él mismo fuera desnudo. Presto me pondré galán, y en bre-

ve volveré á ganapán; que el que no sabe con sudor ganar, fácilmente se viene á perder, como verás adelante. Lo primero que hice á la mañana, fué reformarme de jubón, zapatos y sombrero; al cuello del herreruelo le hice quitar el tafetán que tenia, y echar otro de otra color: trajeje la ropilla de botones nuevos, quitéle las mangas de paño y púselas de buen tafetán, con que á poca costa lo desconocí todo, con temor que por mis pecados ó desgracia no cayera en algun lazo donde viniera á pagar lo de antaño y lo de hogaño, que buscando al mozuero no me vieran sus vestidos, y achacándome haberlo muerto para robarlo, me lo pidieran por nuevo, y que diera cuenta dél. Así andúve dos dias por la ciudad, procurando saber dónde ó en qué lugar hubiese compañías de soldados: no supo alguno darme nueva cierta, andábame azotando el aire.

Al pasar por Zocodover (aunque lo atravesaba pocas veces y con miedo, y si salía de la posada, era mal y tarde, no durmiendo tres noches en una, por no ser espiado, si fuera conocido) veo atravesar de camino en una mula un gentilhombre para la corte, tan bien aderezado, que me dejó envidioso. Llevaba un calzon de terciopelo morado, acuchillado, largo en escaramuza, y aforrado en tela de plata, el jubon de tela de oro, colete de ante, con un bravato pasamano milanés, casi de tres dedos en ancho, el sombrero muy galán, bordado y bien aderezado de plumas, un trencillo de piedras de oro, esmaltadas de negro y en cuerpo. Llevaba en el portamanteo un capote (á lo que me pareció) de raja ó paño morado, su pasamano de oro á la redonda, como el del colete y calzones. El vestido del hombre me puso codicia, y como el dinero no se ganó á cavar, haciame cocos desde la bolsa, no me lo sufrió el corazon. «A buena fe (le dije) si gana teneis de danzar, yo os haga el son; y si no quereis andar de gana conmigo, yo la tengo peor de traerlos á cuestras: cumplireis ese deseo, satisfaciendo el mio, bien presto y que no tarde.» Fuíme de allí á la tienda de un mercader, saqué todo recaudo, llamé un oficial, corté un vestido; dile tanta priesa, que ni fué (como dicen) oído ni visto, porque en tres dias me envasaron en él, salvo que por no hallar buen ante para el colete, lo hice de raso morado, guarnecido con trencillas de oro; púsemelo de liga pajada, con un rapacejo y puntas de oro, á lo de Cristo me lleve, todo muy á la órden. Asentábame con el rostro, que no habia mas que pedir, y en realidad de verdad, tuve cuando mozuero buena cara.

Viéndome tan galán soldado, di ciertas pavonadas por Toledo en buena estofa y figura de hijo de algun hombre principal. También recibí luego un paje bien tratado que me acompañase: acerté con un ladino en la tierra; parecíome, viéndome entronizado y bien vestido, que mi padre era vivo, y que yo estaba restituído al tiempo de sus prosperidades; andaba tan contento, que quisiera de noche no desnudarme, y de dia no dejar calle por pasear, para que todos me vieran, pero que no me conocieran. Amaneció el domingo, púsemelo de ostentacion, y di de golpe con mi lozania en la iglesia mayor para oír misa, aunque sospechoso que mas me llevó la gana de ser mirado. Paseéla toda tres ó cuatro veces, visité las capillas donde acudia mas gente, hasta que vine á parar entre los dos coros, donde estaban muchas damas y galanes; pero yo me figuré que era el rey de los gallos y el que llevaba la gala, y como pastor lozano hice plaza de todo el vestido, deseando que me vieran, y enseñar aun hasta las cintas que eran del tedesco; estiréme de cuello, comencé á hinchar la barriga y atiesar las piernas: tanto me desvanecía, que de mis visajes y meneos todos tenian que notar, burlándose de mi necesidad, y mas como me miraban, yo no miraba en ello ni echaba de ver mis faltas, que era de lo que los otros formaban risas, antes me pareció que los admiraba mi curiosidad y gallardía. De cuanto á los

hombres no se me ofrece mas que decirte; pero con las damas me pasó un donoso caso, digno por cierto de los tan bobos como yo; y fué, que dos de las que allí estaban, la una dellas natural de aquella ciudad y hermosa por todo estremo, puso los ojos en mí, ó por mejor decir, en mi dinero, creyendo que los tenia quien tan bien vestido estaba; mas por entonces no reparé en ello ni la vi, á causa que me habia cebado en otra, que á otro lado estaba, á la cual, como le hice algunas señas á lo niño, rióse de mí á lo taimado. Parecióme que aquello bastaria y que ya lo tenia negociado; fui perseverando en mi ignorancia y ella en sus astucias, hasta que saliendo de la iglesia se fué á su casa, y yo en su seguimiento poco á poco ibale por el camino diciendo algunos disparates: tal era ella, que (cual si fuera de piedra) no respondió ni hizo sentimiento; pero no por eso dejaba de cuando en cuando de volver la cabeza, dándome cara con que me abrasaba vivo. Así llegamos á una calle junto á la Solana de San Cebríán, donde vivia, y al entrar en su casa me pareció haberme hecho una reverencia y cortesía con la cabeza, los ojos algo risueños y el rostro alegre.

Con esto la dejé, y me volví á mi posada por los mismos pasos; y á muy pocos andados, vi estar una moza reparada en una esquina, cubierta con el manto, que casi no se le veían los ojos, la cual me habia seguido; y sacando solamente los dos dedos de la mano, me llamó con ellos y con la cabeza. Llegué á ver lo que mandaba, hizome un largo parlamento, diciendo ser criada de cierta señora casada muy principal, á quien estaba obligado agradecer la voluntad que me tenia, tanto por esto, cuanto por su calidad y buenos deudos, que gustaria le dijese dónde vivia, porque tenia cierto negocio para tratar conmigo. Ya yo no habia de contento en el pellejo: no trocara mi buena suerte á la mejor que tuvo Alejandro Magno, parecíéndome que penaban por mí todas las damas. Así le respondía á lo grave, con agradecimiento de la merced ofrecida, que cuando se sirviese de hacérmela, seria para mí muy grande. En esta conversacion poco á poco nos acercamos á mi posada; ella la reconoció, y despidiéndonos, entréme á comer, que era hora. Como yo no sabia quién fuera esta señora, ni nunca me pareciese haberla visto, no me puso tanta codicia el esperarla, como la otra deseos de verla: todo se me hacia tarde; fuíme á su calle, di mas paseos y vueltas que rocín de anoria, y á buen rato de la tarde salí (como á hurto) á hablarle desde una ventana: pasamos algunas razones; últimamente me dijo, que aquella noche me fuese á cenar con ella. Mandé á mi criado comprase un capon de leche, dos perdices, un conejo empanado, vino del santo, pan el mejor que hallase, frutas y colacion para postre, y lo llevase. Después de anochecho, parecíéndome hora fui al concierto, hizome un gran recibimiento de bueno; ya era hora de cenar, pedile que mandase poner la mesa; mas ella buscando novedades y entretenimientos lo dilataba. Metíome en un laberinto, comenzándome á decir que era doncella, de noble parte, y tenia un hermano travieso y mal acondicionado, el cual nunca entraba en casa mas de á comer y cenar, porque lo restante, dias y noches ocupaba en jugar y pasear.

Estando en esta plática, ves aquí que llamaron con grandes golpes á la puerta. «¡Ay Dios! (me dijo) perdida soy.» Alborotóse mucho con una turbación fingida, de tal manera que á otro mas diestro engañara con ella; y aunque ya la señora sabia el fin y los medios como todo habia de caminar, se mostró affigida de no saber qué hacerse; y como si entonces le hubiera ocurrido aquel remedio, me mandó entrar en una tinaja sin agua, pero con alguna lama de haberla tenido y no bien limpia. Estaba puesta en el portal del patio, hice lo que quiso, cubríome con el tapador, y volviéndome á su estrado, entró el hermano, el cual viendo la humareda, dijo: «hermana, vos teneis algo de brava con este humo y lloverse la casa,

gana teneis que salga huyendo della. ¿Qué teneis para cenar con tanta humareda? Entró en la cocina, y como viese nuestro aparato, salió diciendo: ¿qué novedad es esta? ¿Cuál de nosotros es el que se casa esta noche? ¿De cuándo acá tenemos esto en casa? ¿Qué aderezo de banquete es este, ó para qué convidados? ¿Esta seguridad tengo yo en vos? ¿Esta es la honra que sustentó, y dais á vuestros padres y desdichado hermano? La verdad he de saber, ó todo ha de acabar en mal esta noche.» Ella le dió no sé qué descargos, que con el miedo y estar cubierto no pude bien oír ni entender, mas de que daba voces, y haciendo del enojado la mandó asentar á la mesa, y habiéndome cenado, él por su persona bajó con una vela, miró la casa, y echó la aldaba á la puerta de la calle, y entrándose los dos en unos aposentos, se quedaron dentro y yo en la tinaja. A todo esto estuve muy atento y devoto, de suerte que no me quedó oracion de las que sabia que no rezase, porque Dios lo cegara y no mirara donde estaba. Viéndome ya fuera de peligro, apartando la tapadera, saqué poquito á poco la cabeza, mirando si la señora venia, si tosía ó si escupia, y el gato se meneaba ó cualquier cosa: todo se me antojaba que era ella; mas viendo que tardaba y la casa estaba muy sosogada, salí del vientre de mi tinaja, cual otro Jonás del de la ballena, no muy limpio; mas fué mi buena suerte, que con el temor de malas cosas, que suelen suceder y mas á muchachos, guardaba el buen vestido para de dia, valiéndome á las noches del viejo, que antes habia comprado, y así no me dió cuidado ni pena. Di vueltas por la casa, lleguéme al aposento, comencé á rascar la puerta, y en el suelo con el dedo para que me oyera: era mal sordo y no quiso oír. Así se fué la noche de claro: cuando vi que amanecía, lleno de cólera, triste, desesperado y frio abrí la puerta de la calle, y dejándola empajada, salí fuera como un loco, echando mantas y no de lana, haciendo cruces á las esquinas con determinacion de nunca volvérselas á cruzar.

Pensando en mis desdichas, llegué al ayuntamiento, y junto á él tenian abierta la puerta de una pastelería, haritéme de pasteles picaros como yo, por serme de mejor sabor; con ellos pasé al estómago el coraje que me ahogaba en la garganta; mi posada estaba cerca, llamé y abríome mi criado que me aguardaba; desnudéme y metíme en la cama. Con el rastro del enojo no podia tener sosiego ni cuajar sueño: ya me culpaba á mi mismo, ya á la dama, ya á mi mala fortuna; y estando en esto (siendo de dia claro) ves aquí que llaman á mi aposento: era la moza que me habia seguido el dia pasado y venia su ama con ella; sentóse á la cabecera en una silla, y la criada en el suelo junto á la puerta; la señora me pidió larga cuenta de mi vida, quién era y á qué venia, y qué tiempo tardaria en aquella ciudad; mas yo todo era mentira, nunca le dije verdad; y pensándola engañar me cogió en la ratonera; fuila satisfaciendo á sus palabras, y perdi la cuenta en lo que mas importaba; pues debiéndole decir que allí habia de residir de asiento algunos meses, le dije que iba de paso: ella, por no perder los dados, y que no debía de apeteer amores tan de repelón, quiso darme; comenzó á tender las redes en que cazarme; así al descuido con mucho cuidado iba descubriendo sus galas, que eran buenas, guarniciones de oro, y otras cosas que traia debajo de una saya entera de gorvarán de Italia; y sacando unos corales de la faltriguera, hizo como que jugaba con ellos, y de allí á poco fingió, que le faltaba un relicario que tenia engarzado en ellos. Affigióse mucho, diciendo ser de su marido; y con esto se levantó, como que le importaba volverse luego á su casa, por si allá se le hubiera quedado, buscarlo con tiempo; y aunque le prometí dar otro y le dije muchas cosas y ofrecí promesas, no pude acabar con ella que mas se esperase. Así se fué, dándome la palabra de venir otra vez á visitarme, y enviar su criada en llegando á casa, para darme

aviso si había parecido la joya; yo quedé tristísimo que así se hubiese ido, por ser, como dije, en extremo hermosa, bizarra y discreta; yo tenía gana de dormir; dejéme llevar del sueño, mas no pude continuarlo dos horas.

Como ya tenía cuidados, levánteme á solicitarlos; en cuanto me vestí se hizo hora de comer, y estando á la mesa entró la criada, la cual, como diestra, me entretuvo hasta que hubiera comido, y díjome que volvía, si por ventura jugando su ama con el rosario, se le hubiese allí caído la pieza; todos la buscamos, mas no pareció, porque no faltaba. Encarecíome que no sentía tanto su valor, como el ser cuya era; figuróme el tamaño y la hechura, obligándome con buenas palabras á que le comprase otra de mi dinero, prometiéndome que el día siguiente al amanecer sería conmigo su señora, porque saldría en achaque de ir á cierta romería. Así me fui con ella á los plateros, y le compré un librito de oro muy galano, el que la moza escogió y ya el ama le habría echado el ojo; con él se quedaron, que nunca supe mas de ama ni moza: ya eran las tres de la tarde, y el pan en el cuerpo no se me cocía, deseando saber la ocasion de la noche pasada, y si había sido burla; y olvidado de la injuria, volví á mi paseo. Estaba la señora el rostro como triste, y que me esperaba; llamóme con la mano, poniendo un dedo en la boca, y volviendo atrás la cara, como si hubiera alguien á quien temer, y llegándose á la puerta, dijo que me adelantase acia la iglesia mayor: hícelo así, ella tomó su manto, y llegamos entrambos casi á un tiempo; atravesé por entre los dos coros, y salió á la calle de la Chapinería, guiándome de ojo, que la siguiera. Fuíme tras ella, entré en la tienda de un mercader en el Alcaná, y yo con ella: dióme allí satisfacciones, haciendo mil juramentos no haber tenido culpa ni haber sido en su mano lo pasado. Hinchóme la cabeza de viento; creíle sus mentiras bien compuestas; prometiome que aquella noche lo enmendaria, y aunque aventurase á perder la vida, la arriscaría por mi contento. Rindiome tanto, que pudiera amasarme como cera; compré algunas cosas, que montaron como ciento y cincuenta reales, y al tiempo de la paga, dijo al mercader: ¿cuánto tengo de dar desta deuda cada semana? El respondió: «señora, no las doy por ese precio ni vendo fiado; si vuestra merced trae dineros, llevará lo que ha comprado, y si no, perdone.» Yo le dije: «señor, esta señora se burla, que dineros tiene con que pagarlo; yo tengo su bolsa, y soy su mayordomo;» así sacando de la faltriquera unos escudos, por hacer grandeza con ellos, también saqué mi barba de vergüenza, y á la dama de deuda.

Al punto se me representó haber sido estratagemas para pagarse adelantado y no quedarse burlado, como acontece con algunos; y no me pesó de lo hecho, pareciéndome que con mi buen proceder la tenía obligada, y no diera mis dos empleos de aquel día en las dos damas por Méjico y el Perú. Así le pregunté: ¿si su promesa sería cierta, y á qué hora? Asegurómela sin duda para las diez de la noche. Ella se fué á su casa, y yo á entretener el día, pareciéndome tener los dos lances en el puño. A la hora del concierto me puse mi vestidillo y volví á la tahona; hice la seña concertada, que fué dar unos golpes con una piedra por bajo de su ventana, mas fué como darlos en la puente de Alcántara. Parecióme quizá no sería hora ó no podía mas; esperé otro poco, y así me estuve hasta las doce de la noche, haciendo señas á tiempos; mas hablad con San Juan de los Reyes, que es de piedra. Era cansar en vano y burlería, que el que decía ser su hermano, era su galán, y se sustentaban con aquellos embebecos, estando de concierto los dos para cuanto hacian. Eran cordobeses, bien tratadas las personas, y entre los mas torados nuevos que habian cazado, era un mancebico escribanito, recién casado, que picado de la señora, le había dado ciertas joyuelas, y como á mi lo llevaba en largas,

haciéndolo esperar, pechar y despechar; mas cuando él conoció ser bellaquería, determinó vengarse. Aquella noche yo estaba ya cansado de aguardar, como lo has oído, y cuando me quería ir, ves aquí veo venir gran tropel de gente; adelanteme, pareciéndome justicia, y sentí que llamaron á la misma puerta; volví acercándome un poco, por ver qué buscaba la turba-multa; y un corchete, diciendo quien eran, hizo que abriesen. Cuando entraron, me llegué á la puerta por mejor entender lo que pasaba; el alguacil miró toda la casa, y no halló cosa de lo que buscaba. Yo, que quisiera decir: miren las tinajas y echar á huir; á la mi fe, que ya el escribanito sabía si estaban empegadas, que cuidado tuvo de hacerlas mirar; mas como estas cosas no pueden tanto encubrirse, que si se repara en ellas, no se conozcan fácilmente, no faltó quien vió en el suelo un puño postizo, que al tiempo de esconder la ropa del hermano, se quedó allí; y como se hacia el oficio entre amigos, dijo un corchete: aun este puño dueño tiene, la dama lo quiso encubrir, pero entre tanto volvieron á dar vuelta con mas cuidado; y pareciéndole al alguacil que en un cofre grande que allí estaba pudiera haber un hombre, lo hizo abrir, donde hallaron al galán; vistiéronse los dos, y de conformidad los llevaron á la cárcel. Yo quedé tan contento cuanto corrido; contento de que no me hubiesen hallado dentro, y corrido de las burlas que me habian hecho.

Todo lo restante de la noche no pude reposar, pensando en ello y en la otra señora que aguardaba, creyendo esquitarme con ella; figurábala entre mi, mujer de otra calidad y término. Todo aquel día la esperé, pero ni aun siquiera un recaudo me envió, ni supe dónde vivía ni quién era. Ves aquí mis dos buenos empleos, y si me hubiera sido mejor comprar cincuenta borregos. Estaba desesperado, y para consuelo de mis trabajos, á la noche cuando fui á la posada, hallé un alguacil forastero, preguntando por no sé qué persona; ya ves lo que pude sentir. Díjele á mi criado que me esperase hasta la mañana; sali por la puerta del Cambron, donde pensando y paseando pasé casi hasta el día, haciendo mis discursos, qué podía querer ó buscar aquel alguacil; mas como amaneciese, parecióme hora segura para ir á casa y mudar de vestido y posada: aseguré mi congoja, porque no era yo á quien buscaba, segun me dijeron. Sali á la plaza de Zocodóver; pregonaban dos mulas para Almagro; mas tardé en oírlo que en concertarme y salir de Toledo, porque allí todo me parecia tener olor de esparto y suela de zapato.

Aquella noche tuve en Orgaz, y en Malagon la siguiente; pero con el sobresalto de que las noches antes no habia podido reposar, llegué tan dormido que á pedazos me caía, como dicen; mas despertóme otro nuevo cuidado, y fué que entrando en la posada, se llegó á tomar la ropa una moznela mas que criada y menos que hija, de bonito talle, graciosa y decidora, cual para el crédito de tales casas las buscan los dueños dellas. Habléla, y respondió bien; fuimos adelantando la conversacion, de suerte que concertó conmigo de hablarme cuando sus amos durmiesen. Puso la mesa; díle una pechuga de un capon; brindéla, y hizo la razon; quise asirla de un brazo, desvíelo; yo por allegarla y ella por huir cai de lado en el suelo: era la silla de costillas, cogíome en medio, de que recibí un mal golpe, y sucediera peor, porque se me cayó la daga desnuda de la cinta, y dando con el pomo en el suelo, quedé arriba la punta y se hincó por un brazo de la silla, que fué milagro no matarme, y concluyendo conmigo dejara pagados mis acreedores.

Volví á preguntar si esperaría; díjome que si falta hubiese yo lo vería, y otras algunas chocarrerías con que se despidió de mí. Las noches antes ya te dije lo mal que se pasaron; tal estaba, que fué imposible resistirme, pero tuve deseo de madrugar, aunque nunca durmiera; y así

mandé á mis criados tomasen paja y cebada para el pienso de la mañana y lo metiesen en mi aposento; lo cual hecho, y habiéndolo puesto junto á la puerta, me la dejaron emparejada y se fueron á dormir. Aunque me ejecutaba el sueño, la codicia me desvelaba; y no valiendo mi resistencia, me puse en manos del ejecutor, durmiendo como dicen á media rienda. Ves aquí después de la media noche se soltó una borrica de la caballeriza, ó bien si era del huésped, y andaba en fiado por la casa; ella se llegó á mi aposento, y habiendo olido la cebada, metió bonito la cabeza por alcanzar algun bocado, y en llegando al harnero meneólo, y procurando entrar sonó la puerta; yo que estaba cuidadoso, poco bastaba para recordarme; ya pensé que tenía los toros en el coso; estaba todavía soñoliento, parecióme que no acertaba con la cama; púsemelo sentado en ella y llaméla. Como la borrica me sintió, temió y estúvose queda, salvo que metió una mano en el esportón de la paja; yo creyendo que fuese la señora, y que tropezaba en él, salté de la cama diciendo: «entra, mi vida, daca la mano.» Alargué todo el cuerpo para que me la diese; toquéle con la rodilla en el bocio, alzó la cabeza, dándome con ella en los míos una gran cabezada, y fuése huyendo, que si allí se quedara no fuera mucho (con el dolor) meterle una daga en las entrañas. Salióme mucha sangre de la boca y narices, y dando al diablo al amor y sus enredos, conocí que todo me estaba bien empleado, pues como simple rapaz era fácil en creer; atranqué mi puerta, y volvíme á la cama.

## CAPITULO IX.

Cómo Guzmán de Alfaraçhe, llegando á Almagro, asentó por soldado en una compañía. Refiérese de dónde tuvo la mala voz: «En Malagon en cada casa un ladrón, y en la del alcalde, hijo y padre.»

Como si el amor no fuese deseo de inmortalidad causado de un ánimo ocioso, sin principio de razon, sin sujecion á ley, que se toma por voluntad, sin poderse dejar con ella, fácil de entrar al corazón, y dificultoso de salir dél; así juré de no seguir su compañía. Estaba dormido, no supe lo que dije; tal era mi sueño entonces, que con todo mi dolor no habia bien recordado; con esto no pude madrugar; quedéme en la cama hasta las nueve del día. Entró á estas horas la muy tal y cual á darme satisfacciones de meson, y que sus amos la encerraron, aunque bien creí que lo hizo de bellaca, y mentía; y así la dije:

*Vuestros amores, hermana Lucia,  
Mal enojado me han:*

*Comenzaron por silla, y acabaron en albarda.* No me la volveréis á echar otra vez; aderezadnos de almorzar, que me quiero ir. Asaron dos perdices y un torrezno, que sirvió de almuerzo y comida, por ser tarde y la jornada corta. Ya me quería partir, las mulas estaban á punto, era la mia mohina de condicion y de mal proceder, quise subir en un poyo para de allí ponerme en ella, y al pasar por detrás, creo que me debía de querer decir que no lo hiciese ó que me quitase de allí; y como no supo hablar mi lengua, para que la entendiese alzando las piernas y dándole dos coces, me arrojó buen rato de si. No me hizo mal, porque me alcanzó de cerca y con los corvejones. Aun esto mas me estaba guardado; dije algo levantada la voz: no hay hembra que en esta posada no tenga cobrado resabio, aun hasta la mula.

Subí en ella y por el camino (visto las desgracias que habia tenido) les fui contando á mis criados lo de la burla; riéronse mucho dello y mas de mi mozo entendimiento en fiar de moza de venta, que no tienen mas del primer tiempo. Teniamos andadas dos largas leguas, y el mozo de á pié quiso beber: daca la bota, toma la bota, la bota no parece, que nos la dejamos olvidada; aun si por el retozo (dijo el mozo) hizo la señora presa en ella, porque no la trajésemos algo de balde. Mi pajero respondió: «antes me parece que nos la hurtaron, por sacar adelante

la fama deste pueblo.» Entonces tuve deseo de saber qué origen tuvo aquella mala voz; y como los que andan siempre trajinando de una en otra parte, y oyen tratar de semejantes cosas á varias personas, me pareció que podia preguntárselo á mi hombre de á pié, y le dije: «hermano Andrés, pues fuisteis estudiante y carretero, y agora mozo de mulas, ¿no me direis, si habeis oído, de dónde se le quedó á este pueblo la opinion que tiene, y por qué se dijo: *en Malagon en cada casa hay un ladrón, y en la del alcalde hijo y padre?*» El mozo respondió diciendo: «señor, vuesa merced me pregunta una cosa que muchas veces me han dicho de muchas maneras, y cada uno de la suya; pero si he de referirlas, es el camino corto y el cuento largo, y grande la gana de beber, que no puedo con la sed formar palabra; mas vaya como pudiere y supiere, dejando aparte lo que no tiene color ni sombra de verdad, y conformándome con la opinion de algunos á quien lo oí, de cuyo parecer fio el mio, por ser mas llegado á la razon, que en lo que no la tenemos natural ni por tradicion de escritos, cuando tiene sepultadas las cosas el tiempo, el buen juicio es la ley con quien habemos de conformarnos; y así esto tiene origen que corre de muy lejos, en esta manera:

«En el año del Señor de mil y doscientos y treinta y seis, reinando en Castilla y Leon el rey don Fernando el Santo, que ganó á Sevilla, el segundo año después de fallecido el rey don Alonso de Leon, su padre, un día estaba comiendo en Benavente, y tuvo nueva que los cristianos habian entrado en la ciudad de Córdoba, y estaban apoderados de las torres y castillos del arrabal que llaman Ajarquia, con aquella puerta y muro, y que por ser los moros muchos y los cristianos pocos, estaban muy necesitados de socorro.

» Este mismo despacho habian enviado á don Alvar Perez de Castro que estaba en Martos, y á don Ordoño Alvarez, caballeros principales de Castilla, de mucho poder y fuerzas, y otras muchas personas que le diesen su favor y ayuda. Cada uno de los que lo supieron acudió al momento, y el rey se puso luego en el camino sin dilatarlo, no obstante que le dieron la nueva en veinte y ocho de enero, y el tiempo era muy trabajoso de nieves y frios. Nada se lo impidió, que partió al socorro; dejando dada orden que sus vasallos partiesen en su seguimiento, porque no llegaban á cien caballeros los que con él salieron. Lo mismo envió á mandar á todas las ciudades, villas y lugares, enviasen su gente á esta frontera donde él iba; cargaron mucho las aguas, crecieron arroyos y rios que no dejaron pasar la gente. Juntáronse en Malagon cantidad de soldados de diferentes partes, tantos, que con ser entonces lugar muy poblado y de los mejores de su comarca, para cada casa hubo un soldado, y en algunas á dos y tres. El alcalde hospedó al capitán de una compañía y á un hijo suyo que traía por alferez della. Los mantenimientos faltaban, el camino se trajinaba mal, padeciáse necesidad, y cada uno buscaba su vida, robando á quien hallaba qué. Un labrador gracioso del propio lugar salió de allí, camino de Toledo, y entrándose en Orgaz con una escuadra de caballeros, le preguntaron de dónde era: respondió, que de Malagon. Volviéronle á decir: ¿qué hay por allá de nuevo? y dijo: señores, lo que hay de nuevo en Malagon, es *en cada casa un ladrón, y en la del alcalde quedan hijo y padre.* Este fué el origen verdadero de la falsa fama que le ponen, por no saber el fundamento della, y es injuria notoria en nuestro tiempo; porque en todo este camino dudo se haga otro mejor hospedaje ni de gente mas comedia cada una en su trato. También podré decir que habemos visto en él hurtos calificados de mucha importancia.»

En esto íbamos tratando por alivio del camino, cuando de un caminante supe que en Almagro estaba una compañía de soldados; certifióme dello y alegréme grande-